

UNA OBRA MONUMENTAL PARA LA HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA *

por J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS

Al dominico P. Vicente Beltrán de Heredia, tan benemérito de los estudios históricos acerca de la Historia de la Teología, de sus instituciones y figuras, podríamos dirigirle en tono de sorpresa el reproche amistoso que se mereció el anfitrión de Caná: *Servasti bonum vinum usque adhuc?* En efecto, a sus ochenta años bien cumplidos, corona su abundante producción dispersa en revistas —y que esperamos verla un día reunida— y sus ediciones de Vitoria y Báñez, con una obra, sin exageración, monumental, con la que sienta los cimientos de la futura historia de la Universidad de Salamanca. Dos gruesos volúmenes de Bulario, al que le seguirá en breve el tercero ya en prensa, cuatro volúmenes de Cartulario y el prometido tomo de Celebridades salmantinas, no son empresas propias de sus largos años.

Su labor es tanto más meritoria cuanto que la documentación de la que hasta ahora se disponía para la historia de nuestra célebre Universidad era escandalosamente deficitaria. Esta escasez, unida a frecuentes lagunas en los fondos existentes, hacía imposible el dar una contextura a los tres primeros siglos de la Universidad: los archivos más próximos no ofrecían sino algunos privilegios, un par de docenas de Bulas pontificias, unos libros de claustros incompletos y sólo a partir de 1464, etc... Esta «situación vergonzosa», como la califica el propio autor, sólo podía remediarse deci-

(*) VICENTE BELTRAN DE HEREDIA, O. P., *Bulario de la Universidad de Salamanca* ('Acta Salmanticensia', iussu Senatus Universitatis edita. «Historia de la Universidad», 12), Salamanca, 1966; tomo I (1219-1409), 623 pp.; tomo II (1409-1446), 541 pp.

diéndose a explorar a fondo sobre todo los Archivos vaticanos: ellos nos proporcionarían la base documental de un Bulario. La documentación no pontificia, recogida en otras fuentes, quedará integrada en un extenso Cartulario.

Veinte años de trabajo constante y tesonero han sido necesarios para reunir este acervo documental, que permitirá esclarecer la Historia de la Universidad, sobre todo a partir del siglo xiv. Los fondos vaticanos de Súplicas, de Aviñón y de Registros Lateranenses, con sus millares de tomos, han sido el campo de búsqueda del P. Beltrán de Heredia. Muchos centenares de ellos han sido repasados pacientemente. Y a este propósito anotamos la conveniencia de que el autor señalase con claridad las parcelas concretas que hayan escapado a las posibilidades de su diligencia, a fin de subsanar las lagunas que él mismo confiesa, sin necesidad de tener que repetir su ingente tarea. Por lo demás, hay que notar que reproduce, a veces perfeccionando su transcripción, algunos documentos ya editados en historias o monografías anteriores o por Chatelain en una obra de no tan fácil consulta.

Respecto al criterio de inserción de documentos en la obra, el autor ha seguido, para bien de los futuros investigadores y tormento suyo, el de incluir cuanto se refiere primeramente a la Universidad e instituciones académicas propiamente tales (Constituciones con sus retoques o dispensas consiguientes, provisiones de cátedras, colaciones de grados, etc.), y también cuanto esclarece la historia de su personal docente y discente. Esto último hace que el campo de búsqueda se dilate inmensamente y requiera trabajos titánicos; sin embargo —y constituye la aportación más abundante de la obra—, proporciona infinidad de noticias sobre muchísimas personas, de las que sólo una minoría acierta a figurar con mayor o menor relieve en la historia de la cultura o en puestos de responsabilidad. Siendo la mayor parte de ellos clérigos, la ocasión de los documentos pontificios es en la mayoría de los casos algún asunto benefICIAL, lo que hace monótona su recogida y escasos sus frutos. Con todo, esta documentación por primera vez conocida permitirá esclarecer no poco la vida de muchas figuras próceres de la historia eclesiástica y civil española de los siglos XIII al xv, como el Canciller Ayala, Juan de Mena, el Arcipreste de Talavera, Juan de Segovia, Rodrigo Sánchez de Arévalo, los Cartagenas y Santamarías, Juan de Mella, Gutierre Álvarez de Toledo, el Tostano, Fernando de Córdoba y tantos otros personajes notables de Curia o de la Cultura.

El tema benefICIAL absorbe buena parte del fruto de esta obra, aunque con el complemento de valiosas noticias complementarias sobre sus protagonistas. Con todo, enmarcado en la institución universitaria, puede ser apreciado bajo un prisma nuevo por el historiador dedicado a la época: en efecto, aun sin renunciar a las críticas que merece un exagerado cen-

tralismo y hasta una especie de «mercantilismo pastoral», puede comprobarse que el beneficio en sus diversas formas constituía entonces una especie de beca escolar con la que se intentaba favorecer la cultura del clero, de otra suerte muy difícil de obtener. La protección ejercida sobre el universitario en forma de privilegios o preferencias, la fiscalización de la colación de beneficios, la acumulación de los mismos, etc., si bien abrían una puerta a la ambición y a la irresidencia, constituían un estímulo y una manera eficaz de ayudar a la promoción cultural de los clérigos.

Todavía hay que notar que esta colección documental que comprenderá unos 1.500 documentos pontificios alcanza en sus ramificaciones a otros centros docentes de gran importancia como Valladolid, Alcalá, Lisboa, Coimbra y otros estudios particulares españoles, incluido el célebre Colegio de Bolonia, y hasta la Bula de fundación de la primera Universidad Americana, la de Santo Domingo (1538), que, felizmente hallada en copia del registro original por el autor, certifica documentalmente el nacimiento de la fundación americana, desbaratando las dudas aireadas hace pocos años acerca de su legalidad. Por lo demás, el P. Beltrán reproduce íntegramente o en regesto los documentos, a tenor de su importancia, omitiendo las fórmulas protocolarias y recogiendo todas las noticias y datos personales de interés con gran escrúpulo y con una exactitud, reproducida fielmente en la edición, y que corrobora el esmero puesto en la edición.

Si ha de valorarse debidamente la aportación de estos documentos, diremos que a partir de su publicación —completada por el Cartulario—, constituirá un arsenal inmenso y fuente imprescindible para la historia de la Universidad. Sobre ella podrá además redactarse ese repertorio de hombres notables —no sólo escritores, como en la obra clásica de Nicolás Antonio— de los siglos xiv-xv. No siempre el éxito corona los esfuerzos: así, como lo confiesa honradamente el autor, para un primer largo periodo (1212-1340), continúa siendo escasa la información sobre la vida de nuestra Universidad. A partir de esa fecha se va iluminando el horizonte con mayores luces. Benedicto XIII será uno de los principales favorecedores de la Universidad: a las Constituciones de 1411, sustituirán pronto las de Martín V de 1422. Se va perfilando mejor la institución universitaria, su disciplina propia, la figura del Canciller y del Maestrescuela, etc. Ya a fines del siglo xv, la intervención real se hace más presente y eficaz: el Cartulario reemplaza en interés histórico al Bulario. Alborea el siglo de mayor grandeza...

Al mérito indiscutible de esta larga búsqueda, transcripción y acopio de documentos, une esta obra el de un extensísimo prólogo de 300 páginas en el que el autor introduce a la obra, analizando su contenido y ámbito, confesando las lagunas y deficiencias de este «ensayo» con el que se «co-

mienza nada más» la Historia de la Universidad. Un inmenso caudal de saber documentado se acumula en estas páginas, que nos ofrecen cosas tan variadas como la historia de los estudios castellanos con alusiones a las bibliotecas de la época, el surgir y desarrollo de Valladolid o Coimbra, la lista de rectores de Bolonia, los rotales romanos de Castilla y un índice copioso de nombres: particularmente en este último se condensa toda la paciencia del autor por identificar —o mejor deslindar— la personalidad de homónimos que se prestan a confusiones, en algunos casos de bulto (Arcipreste de Talavera). Pensemos que algunos nombres y apellidos (Juan, Pedro... Martínez, Sánchez), se repiten hasta cuarenta veces, y comprenderemos la paciencia requerida para ir despejando tanta confusión.

Para nuestro gusto particular hubiésemos preferido un prólogo más sobrio, reducido a líneas más generales y con más diferenciación en el tratamiento de asuntos o personajes de relieve o de escasa importancia. Pero esa deseable poda que se suele recomendar a los jóvenes, no podemos imponerla a tan venerable maestro en su justo deseo y prisa por decirnos todo lo que sabe, que es muchísimo. Por encima de nuestros gustos, se nos impone la irremediable necesidad de perdernos muchas veces en este bosque de noticias, donde cada uno tendrá que hacer leña a su gusto y conveniencia. Será mucho pedir al P. Beltrán que, al fin de estos tres volúmenes y de los cuatro del Cartulario, nos haga una síntesis armónica y sobria como el patio de la vieja Universidad. Entretanto tendremos que detenernos muchas horas ante la selva de noticias, nutrida como la fachada de su San Esteban. Y agradecerle a él y a la munificencia de la Fundación Colouste Gulbenkian la posibilidad de este fatigoso y espléndido regalo, que esperamos pronto lo cumpla por entero.